



JOAQUIN TELLEZ.



JOAQUIN TELLEZ

No conoceis. . . ? no hay que alarmarse, no voy á decir:

¿No conoceis á *Laura*? como Selgas, sino que digo: ¿no conoceis la historia del asno de Apuleyo? Seguramente que sí, á lo ménos el argumento, en una comedia que se llama «La Almoneda del Diablo;» pero me hace tanta gracia ese cuento, que no puedo resistir al deseo de decir algo sobre él, acompañando la relacion con su respectiva moraleja.

Pues cuenta el hombre, que un jóven llamado Lucio, llevado por sus negocios á Tesalia, se alojó en la casa de un viejo cuya mujer era maga de primer orden. Lucio (no el médico, sino el del cuento), quizá por aprovechar el tiempo ó porque como dijo un sabio: el hombre es fuego, la mujer estopa, y viene el diablo y sopla, en un

quítame allá esas pajas, contrajo relaciones amorosas con Fotis, criada de la casa, ó doncella como la llaman los españoles á pesar de Quevedo.

La cosa era muy natural; él era hombre, ella mujer, y el diablo debe de estar soplando todo el día en casa de una hechicera.

Lucio, que entre todas sus buenas cualidades tenia la de ser curioso, consiguió que la doncella (de labor) lo llevara á espiar por la hendedura de una puerta á la señora de la casa, que untándose cierta pomada se convertia en lechuza y se echaba á volar por esos mundos sin temor del prójimo, como noticia de periódico.

El galan comprometió á la muchacha á que lo introdujese á la cámara de la bruja, y como es un hecho que todo lo vence el amor, ella condescendió, y Lucio, que por lo visto era muy frágil para las tentaciones, no pudo resistir á la de unirse como la vieja para trasformarse en ave. Pero ¡oh dolor! como diria el padre Burguichani, *trastrocó* los frenos, segun la expresion de los rancheros, tomó un bote por otro, se ungió, y quedó convertido en asno.

Hé aquí, lectores, ni más ni ménos, lo que me ha sucedido. Habréis extrañado, porque estoy seguro de que lo habeis extrañado, que durante tantos días haya dejado de escribir ocupándome de los hombres que en esta tierra emprenden el bloqueo ya que no el asalto al Parnaso, pretendiendo rendir á las musas por hambre cuando no

pueden conquistarlas como Sai á la capital de la Persia en los tiempos de Omar.

Pero esa ausencia ha consistido en que equivocando los brevajes, en vez de seguir mi tranquila prosa metíme á poeta, y el resultado fué la huelga de las musas.

Hoy vuelvo á la carga y á preguntar: ¿no conocéis á Joaquin Tellez? Pues Joaquin Tellez es uno de nuestros poetas más inspirados y más fecundos; pero como sucede constantemente, los sucesos de la vida pública y privada influyen sobre el carácter del individuo, el carácter influye sobre las musas, las musas sobre los versos, y éstos en la popularidad de cada meritorio de la Castálica oficina.

Enfermedades, desgracias de familia, ingraticudes de los Gobiernos y contrariedades sin cuento en la política, agriaron el carácter de Tellez que sin todo esto hubiera sido un poeta festivo de gran valia y un gran escritor satírico y chispeante.

Pero casi tiene abandonadas á las nueve hermanas de Apolo, y nada más de cuando en cuando, como las fiebres intermitentes, suele dar señales de vida literaria con beneplácito de sus amigos.

Cero cree que debe sacar del olvido en que ahora yace el nombre de Tellez, y á fe que lo merece, siquiera por la novedad con que presenta siempre sus pensamientos.

Joaquin Tellez ha sido para nuestra literatura lo que son en la diplomacia aquellos que conservan los archivos

de una legacion, durante el tiempo en que una guerra interrumpe las relaciones amistosas, y ha permanecido al lado del altar en que se apagó el fuego sagrado que nuestros poetas encendieron en la academia de Letran y en la primera época del Liceo Hidalgo, con Lacunza, Granados Maldonado, Alcaraz, Ramirez, Gonzalez Bocanegra, Félix Escalante, y otros, hasta que volvió á levantarse la llama muchos años despues con Pimentel, Mateos, Rodriguez y Cos, Anselmo de la Portilla, Peredo, Ramirez, Prieto y Riva Palacio.

El Liceo Hidalgo cerró sus puertas por segunda vez, y Tellez, inconsolable como la viuda de Mausolo, vaga tristemente por las tardes en los ya abandonados jardines de la Plaza de la Constitucion.

¡Cuánto diéramos por oir una de esas lamentaciones en que Joaquin Tellez y su buen amigo Rodriguez y Cos pasan como en revista las notabilidades literarias de estos calamitosos tiempos!

—«Ya ve usted, dirá Tellez, el estado de postracion á que ha llegado nuestra literatura; nadie se ocupa ya del estro sino de los negocios; de todos nuestros literatos, los que no han muerto se han dado de baja ó están retirados á dispersos. El Liceo Hidalgo, si llegara á reunirse, presentaria el aspecto del cuartel de inválidos de Santa Teresa á la hora de tocar lista.

«Oiga usted no más: Ramirez, muerto; Prieto, con una inspiracion tan poderosa entreteniéndose en escribir

la musa callejera que no le trae honra ni provecho; Pimentel, estudiando á solas léjos de la capital y diciendo quizás como Scipion: ingrata patria, no tendrás tú mis huesos; Alcaraz, aprendiendo á orador en la escuela de sordo-mudos; Mateos, consagrado á los negocios despues de habernos dado como despedida en el teatro una coleccion de aves, la blanca, la negra, y quién sabe cuántas otras; Justo Sierra, metido á positivista y á catedrático de historia; el Dr. Peredo, perdido; figúrese usted que lo han hecho miembro de la Academia Mexicana; ¿y usted y yo? nadie nos hace caso, ni nosotros se lo hacemos á nadie. Desengáñese usted, los dioses se van.

«No es posible que haya un hombre que piense en componer un poema, cuando puede conseguir que lo nombren Inspector de un ferrocarril; ni quien escriba una oda cuando le pueden escribir una credencial de diputado; ¿quién ha de llenar tres columnas de un periódico con una leyenda como la de Juan de las Peñas que yo compuse, si tiene más cuenta incensar al Gobierno ó deturpar á los gobernantes, que al cabo todo viene á parar en dinero? ¡Qué locura será firmar una letrilla cuando se puede firmar una póliza! ¡Qué insensatez la de contar las sílabas cuando en más breve tiempo se puede contar una quincena!

«Quédese para los tontos y para nosotros los retirados, ocurrir mejor al Liceo Hidalgo que á la cantina del Globo ó á la casa de Messer. ¿Quién canta ya á Laura,

á Elvira, á Lesbia ó á Felisa y consume su tiempo en platónicos amores, habiendo de sobra tantas que llevan un nombre de combate y con quienes se baila y se divierte, sin fastidiarse escribiendo sonetos y madrigales?

«Ni cómo puede llamarse ilustrado y literato á quien extraña en la comedia á Breton, en la tragedia á Quintana, y en la ópera á Rossini, á Bellini, ó á Meyerbeer, pudiendo instruirse y gozar con *La Marjolaine*, *La Mascotte* ó *Le jour et la nuit*?

«La poesía va ganando á cada momento en fuego y en expresion; aquellos versos sentidos y caballerescos que eran nuestras delicias hace pocos años, aquellos arrebatos patrióticos que nos conmovian, han desaparecido, y como en las trasformaciones de los teatros, *la dama y la patria* se desvanecieron y no quedan más que *la hembra y el presupuesto*.

Antes á una mujer se le decia con Quintana así:

¡Ah Célida! Quien sepa
En esa faz tan nítida y tan bella
Buscar, hallar la imperceptible huella
Del triste afan que dentro te consume;
El que presente te respete y llore
Por volver á tus piés cuando esté ausente,
Si siente al fin como mi pecho siente;
Ese te ame feliz, ese te adore.

«Ahora se le dice á una mujer: yo te quiero dar veinte mil besos, y morderte los carrillos, y pellizcarte los bra-

zos, y hacerte cosquillas, y gozar contigo hasta saciar todos los deleites del amor.

«Áteme usted esos cabos; ¡qué respeto á las damas y al público!

«Antes se le decian á la patria cosas como ésta que dijo el gran Quintana, despues de la guerra con los franceses en 1808:

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro tambien, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza:
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastacion en su carrera
Me llevará. ¡Qué importa! ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
A encontrar nuestros ínclitos mayores?
“¡Salud, oh padres de la patria mía,
Yo les diré, salud! La heróica España
De entre el estrago universal y horrores,
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blason divino.”

«Hoy con la mayor frescura se publican sonetos á la patria como este de Ipanandro Acaico á quien todos conocemos:

Desventurada raza mexicana,
Mandar no sabe; obedecer no quiere;

Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza abatirá mañana.

Victoriosa faccion republicana,
No goces, no; Maximiliano muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Despues del que hora sacudir te plugo
Con infanda traicion, otro más grave
Romperá tu cerviz sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo
Y roja tumba á sus señores cave.

—«Tiene usted mucha razon, ha de haber exclamado Rodriguez y Cos; los tiempos están cambiados, y los dioses no se van, porque ya se han ido.

—«Evidentemente, continuaria diciendo Joaquin Tellez, no estamos en la época de la literatura ni de la poesía. Medir versos para recibir desengaños no puede halagar á quien tiene facilidad de medir kilómetros para recibir una subvencion. El libro es imposible, porque, en lo general, los literatos somos pobres y no podemos imprimir por nuestra cuenta; los editores son más escasos que el ave Fénix, y á fe que tienen razon; gástese vd. dos ó tres mil duros en imprimir una novela de Juan Mateos, las obras dramáticas de Chavero ó las poesías de Justo Sierra, para que los que tengan deseos de leer, presenten como moneda corriente la gratitud y pretendan adquirir

las obras á cambio de un apretón de mano. ¿Qué editor, aun pudiendo, lleva el heroísmo á tal sublimidad?

« En cambio, nos inundan las imprentas del extranjero con novelas de Fernandez Gonzalez, de Perez Escrich ó de D. Pascual del Riesgo. El papel para las impresiones es malo y caro, porque en la escuela económica de nuestros gobiernos se ha adherido como un pulpo, el pensamiento *ilustrado y progresista* de proteger á los fabricantes de papel, y ¡á costa de quién! . . . de la literatura nacional; porque las ediciones mexicanas tienen que salir caras y malas como es el papel; las extranjeras buenas y baratas, y el público de nuestra patria, poco afecto á lo que produce el país, todo viene á dar como preciso resultado que el pobre autor ande con sus manuscritos de la casa de un editor á la de un amigo, á las antenas de los Ministerios y á las redacciones de los periódicos, buscando un modo de poder dar á luz sus obras, porque el precio del papel, *gracias á la proteccion á la industria nacional*, necesita escritores millonarios, ó editores pródigos.

« La literatura se refugia en el periodismo: ¡ay amigo! ¡y lo que pasa en el periodismo! . . .

« Un periódico significa un contrato entre el editor y el Gobierno, ó el editor y los suscritores. En el primer caso acontece aquello que por nuestra tierra se llama entre el vulgo comprar un valiente. El Gobierno dice: yo te ayudo y tú me defiendes, y el editor traduce: tú me pagas, y yo hago lo posible por no comprometerme.